

## LIMA COLONIAL (1535-1635): CRISOL DE GENTES, ¿CRISOL DE CULTURAS?\*

Berta Ares Queija  
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

A finales de 1534, el conquistador Francisco Pizarro decidió fundar un nuevo asentamiento de españoles cerca de la costa peruana, con la intención de establecer en él la sede de su gobierno. Se eligió para ello un lugar en el valle del río Rímac, donde el 18 de enero de 1535 se realizó el acto de fundación de la que oficialmente se denominó Ciudad de los Reyes, nombre que alternará con el de Lima a lo largo de todo el período colonial. Hay que resaltar que, a diferencia de la ciudad de México o de la del Cuzco, donde la ciudad colonial se erigió sobre el más importante centro urbano prehispánico, Lima fue construida siguiendo en su trazado el modelo de cuadrícula o damero de ajedrez, como si antes de su existencia el terreno ocupado estuviera vacío, aunque –según señalan algunas fuentes– precisamente allí estaba situado el poblado principal de un pequeño señor o cacique local llamado Taulichusco. Según esas mismas fuentes, este cacique habría recibido pacíficamente a Pizarro y a su gente, habría aceptado que se asentaran en sus tierras e incluso les habrían ayudado, él y su gente, proporcionándoles alimentos. Así pues, la nueva ciudad se hizo a costa del desplazamiento de la población autóctona, que aparentemente pasó a residir en una zona fuera

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto titulado *Las fronteras y sus ciudades: berencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico* (ss. XVI-XVIII), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, DGI (Ref. HUM2007-64126).

de la traza, donde años más tarde se erigió la parroquia de San Sebastián<sup>1</sup>. La propia residencia de Francisco Pizarro, levantada sobre un pequeño montículo, vino a ocupar el lugar donde antes estaba la de Taulichusco, y donde más tarde se construiría el palacio virreinal.

## UNA POBLACIÓN HETEROGÉNEA

Como era habitual, una vez hecha la traza<sup>2</sup>, Pizarro distribuyó los solares entre aquéllos que los solicitaron para avecindarse, iniciando este reparto a partir de la Plaza Mayor. Primero se reservó el espacio para la iglesia, para el cabildo municipal y para la residencia del propio Pizarro, quien como gobernador se auto-adjudicó cuatro solares (equivalentes a una cuadra). A continuación se dio un solar a cada uno de los demandantes, siguiendo un criterio jerárquico: a mayor importancia y calidad del individuo, mayor proximidad a la plaza. En los primeros momentos se adjudicaron unos 100 solares, cifra que se irá acrecentando en los años siguientes, de tal modo que, en junio de 1539, se hablaba ya de 250 «vecinos».

Como sabemos, la población de origen español de Lima no estuvo integrada únicamente por un pequeño grupo de conquistadores-encomenderos de mayor o menor renombre. En la ciudad se asentaron también desde sus inicios artesanos, comerciantes, religiosos, criados..., todos ellos procedentes de distintas regiones de la Península (no sólo de Extremadura y Andalucía, como se suele pensar)<sup>3</sup>, y a los que hay que sumar portugueses, griegos, genoveses, venecianos..., y también un número indeterminado de moriscos y moriscas, llevados en su gran mayoría como sirvientes domésticos y de los que unos eran esclavos y otros libres. Por otra parte, hay que señalar que bastantes de aquellos primeros moradores ya tenían un conocimiento de la experiencia colonial, por haber vivido antes en la zona de Tierra Firme, el Caribe y la Nueva España, y que algunos de ellos llegaron acompañados de sus hijos *criollos* y *mestizos*, nacidos en las Indias. Así pues, bajo el término «españoles» nos estamos refiriendo, en realidad, a un conglomerado de gentes de origen vario y diversa extracción social, e incluso de tradiciones culturales diferentes.

<sup>1</sup> Cfr. ROSTWOROWSKI DE DÍEZ Canseco, 1978, 76.

<sup>2</sup> Según BROMLEY, la traza original tenía 117 cuadras (13 de largo y 9 de ancho); cada cuadra medía 450 pies y estaba dividida en 4 solares, cada uno con su correspondiente esquina. Véase Bromley, 1935. Cada solar medía 125m x 125m.

<sup>3</sup> En su estudio sobre los 168 hombres que estuvieron presentes en la captura del Inca en Cajamarca, LOCKHART demuestra muy bien cómo esta diversidad regional se dio desde un principio. Lockhart, 1972, 28, especialmente el cuadro 3.

Pero la diversidad de la población que se asentó en Lima desde sus inicios era todavía mayor si tenemos en cuenta que los sucesivos contingentes de conquistadores llevaron consigo a negros y negras, quienes –conviene no olvidarlo– pertenecían a diferentes grupos y etnias del África subsahariana<sup>4</sup>, y entre los que figuraban además algunos nacidos en la Península Ibérica, así como algún que otro mulato. No todos pasaron como esclavos, había también individuos libres de nacimiento<sup>5</sup> y probablemente otros que eran horros. No hay estudios sobre el número de esclavos negros en territorio peruano durante las dos primeras décadas; sin embargo, basta con revisar las licencias de pasajeros para comprobar que la demanda de particulares para llevar dos, tres o más esclavos fue constante, aparte de los que pudieron llegar por la vía regular del comercio de esclavos desde Panamá y Cartagena de Indias. Frederick P. Bowser estima que hacia 1554 podría haber al menos unos 1.500 sólo en Lima y alrededor de los 3.000 en todo el territorio<sup>6</sup>. Pero estas cifras irán aumentando de forma considerable a medida que avanza el siglo XVI, a tal punto que, según datos referidos a 1619, los habitantes limeños de ascendencia africana superaban ya a los de ascendencia europea.

En cuanto a la población aborigen, ya antes mencioné cómo, cuando se erigió la ciudad, parece que fue mayoritariamente desplazada hacia otras zonas en el entorno, lo cual no quiere decir que no hubiera indios viviendo desde un principio dentro de la traza urbana, principalmente como sirvientes en las casas de los encomenderos y otras personas relevantes. Su procedencia era bastante dispar, pues a los originarios de todo el territorio peruano hay que añadir los que arrastraron consigo las huestes, en especial desde el área centroamericana. Mujeres de Nicaragua, Panamá y Guatemala, una parte de ellas esclavas, no solo formaron parte del servicio de los conquistadores, sino que también fueron en muchos casos sus amantes y mancebas. De su presencia nos ha quedado constancia documental sobre todo en los libros de bautismo y en los protocolos notariales, porque ellas fueron las madres de los

<sup>4</sup> Cf. BOWSER, 1977, 66-71.

<sup>5</sup> Entre los hombres que, tras la captura de Atahualpa, tuvieron derecho a una parte del botín figuraban Miguel RUIZ (hombre de a caballo) y Juan GARCÍA (hombre de a pie). El primero, natural de Sevilla, era –según una fuente de la época– «de color loro», quizás sinónimo de mulato o mulato claro. Murió en Vilcaconga, en 1533. Por su parte, Juan García había nacido en Las Barcas de Albalá, cerca de Jaraicejo en Extremadura, y en dos ocasiones otros españoles se refieren a él como negro, aunque cabe pensar que podía ser también mulato. Se enroló en 1530 en la expedición de Pizarro, desempeñando el papel de pregonero y el de gaitero. Recibió una encomienda y fue uno de los fundadores del Cuzco, donde residió hasta que en 1536 regresó a la Península, probablemente acompañado de una hija mestiza y de la madre de ésta, una india del Perú, pues esa era su intención. En 1545 vivía cerca de Trujillo (Cáceres) y se hacía llamar Juan García Pizarro. (LOCKHART, 1972, 380-384 y 421-423. Cf. también RESTALL, 2000, 171-205; véanse particularmente las páginas 174 y 184-186.

<sup>6</sup> BOWSER, 1977, 407-408. Éste sigue siendo, todavía hoy, el estudio monográfico de referencia sobre el tema, al que habría que añadir la obra de Tardieu, 1987.

primeros niños *mestizos* (hijos de españoles e indias) y también de los primeros *zambaigos* (hijos de africano/a e india/o) nacidos en el Perú.

Mediante estas ligeras pinceladas he tratado de mostrar hasta qué punto la población de Lima estaba conformada, desde sus inicios, por un heterogéneo paisaje humano: hombres y mujeres de muy diversas procedencias tanto sociales como culturales; un paisaje que al poco tiempo se tornó, si cabe, en más heterogéneo todavía, debido al intenso proceso de miscigenación biológica fruto de las relaciones sexuales entre aquellos hombres y mujeres, tal y como queda atestiguado en el primer libro de bautismos de la ciudad. De este tema ya he tratado en otros trabajos anteriores a éste, por lo que aquí me limitaré a ofrecer los aspectos fundamentales<sup>7</sup>.

## MISCIGENACIÓN BIOLÓGICA

A la hora de tratar de cuantificar las dimensiones demográficas alcanzadas por el mestizaje biológico nos encontramos con muchas dificultades, ya que los registros parroquiales, fuentes básicas para ese tipo de estudios, no sólo están incompletos, sino que en esta época son además imprecisos: unas veces porque no especifican la filiación grupal de uno o de ambos progenitores, otras porque no se menciona a alguno de ellos ya sea por desconocimiento o por ocultamiento, y otras porque, en último término, ser clasificado como hijo de Pedro o de Pedro «negro» o de Pedro «mulato» depende en gran medida del ojo arbitrario del que mira, en este caso del clérigo que inscribe en el libro al recién bautizado.

A modo de ilustración de todo cuanto acabo de decir expondré seguidamente unas cifras globales basadas en el examen del *Primer Libro de Bautismos de Lima*<sup>8</sup>, que va desde mayo de 1538 (recordemos que la ciudad se fundó en 1535) hasta finales de diciembre de 1547, aunque faltan por el medio más de nueve meses de registros. Conviene tener en cuenta que se trata de unos años de gran inestabilidad en todos los sentidos, debido a las continuas guerras de los españoles entre sí. Veamos, pues, las cifras que se pueden extraer de esta fuente documental.

Una vez excluidas varias partidas de bautismos en grupo de indios previsiblemente adultos, una práctica usual en fechas tempranas, se han contabilizado un total de 1.229 individuos bautizados. De ellos, he podido establecer en 833 casos, lo que supone un poco más de 2/3 partes, la filiación grupal

<sup>7</sup> Véanse sobre todo ARES QUEIJA, 2000, 75-88; ARES QUEIJA, 2005, 121-144.

<sup>8</sup> «Libro en que se asientan los baptismos que se hacen en esta sancta yglesia de la cibdad de Los Reyes...», véase ANGULO, 1929-1941.



de ambos progenitores; es decir, si eran españoles, indios o negros. A continuación, pude comprobar que el 53'4% de esos recién bautizados eran hijos de parejas mixtas (es decir, 442 individuos), mientras que en el 46'6% restante (391 casos) ambos progenitores compartían un mismo fenotipo humano. Sin ninguna duda, el porcentaje de hijos de parejas mixtas aumentaría bastante si pudiéramos sumarle los casos en los que no se pudo determinar la filiación de alguno de los progenitores o de ambos, circunstancia que afecta a casi un tercio de los registros (396 individuos).

En lo que se refiere a la distribución por grupos, los porcentajes serían los siguientes:

Mestizos .....	41'7% (= 347)
Indios .....	22'7% (= 189)
Espanoles .....	14'4% (= 120)
Negros .....	9'8% (= 82)
Zambaigos .....	9'0% (= 75)
Mulatos .....	2'4% (= 20, madres negras y mulatas)

Estas cifras nos vienen a demostrar el elevado índice de miscigenación biológica de los habitantes de Lima, un proceso que, en estos primeros años, se vio favorecido sin duda por la escasa presencia de mujeres de origen europeo entre las huestes de conquistadores<sup>9</sup>. Teniendo en cuenta esa escasez, no resulta nada sorprendente que un 78'5% de los 442 hijos de esas parejas mixtas tuvieran como padre a un español y a una india como madre, es decir, que fueran –utilizando el término de la época– *mestizos*. Esto contrasta con el bajo porcentaje de *mulatos* (apenas un 4'5%), lo que seguramente guarda relación con el bajo número de mujeres de origen africano en estos primeros años, pero posiblemente también con una mayor tendencia del español a no reconocer de manera oficial al hijo mulato, al contrario de lo que ocurrió con el mestizo. Por último, entre los recién bautizados de parejas mixtas hay un 17% de mulatos afro-amerindios, que años después pasarán a ser denominados *zambaigos* o *zambos*, según las zonas. Es interesante señalar que casi todos estos eran hijos de hombre negro y madre india, lo que supone ya desde estas etapas iniciales un número nada desdeñable de descendientes de africanos nacidos libres, por serlo también sus madres y la llamada «ley de vientre libre».

<sup>9</sup> Según James LOCKHART, en 1537 había tan sólo catorce españolas en Perú y, para 1543, este mismo autor estima una *sex ratio* aproximada de una «española» (incluidas moriscas y alguna que otra mulata de piel clara) por cada siete u ocho hombres. Lockhart, 1982, 194-195; véase también Konetzke, 1945, 123-150.

## ESPACIOS DE CONVIVENCIA Y ENCUENTRO

Ahora bien, las relaciones e intercambios entre esta población tan heterogénea no se limitaron al ámbito de la sexualidad. El propio uso del medio urbano propició múltiples espacios de convivencia y de frecuentación cotidiana entre los moradores de Lima. La documentación de la época nos muestra muy bien hasta qué punto la población vivía entremezclada, empezando por las casas de las familias principales, aquellas que se asentaron en un primer momento en el corazón de la ciudad, en torno a la Plaza Mayor. Como bien sabemos, en estas casas convivían con la elite un sinfín de sirvientes domésticos, negros y mulatos esclavos, indios libres, allegados y personas dependientes, hijos ilegítimos mestizos, niños huérfanos, etc. Quiero señalar que la abundancia de huérfanos debido a las guerras civiles hacía que algunos de aquellos hogares semejaran ser pequeños «hospicios». James Lockhart menciona el caso de Isabel de Ovalle, quien, no habiendo tenido hijos de sus dos matrimonios, criaba en su casa a dos huérfanas españolas, una mestiza que había sido amparada por su primer marido, otras dos mestizas que había recogido ella y dos esclavos negros huérfanos a los que pensaba darles la libertad<sup>10</sup>.

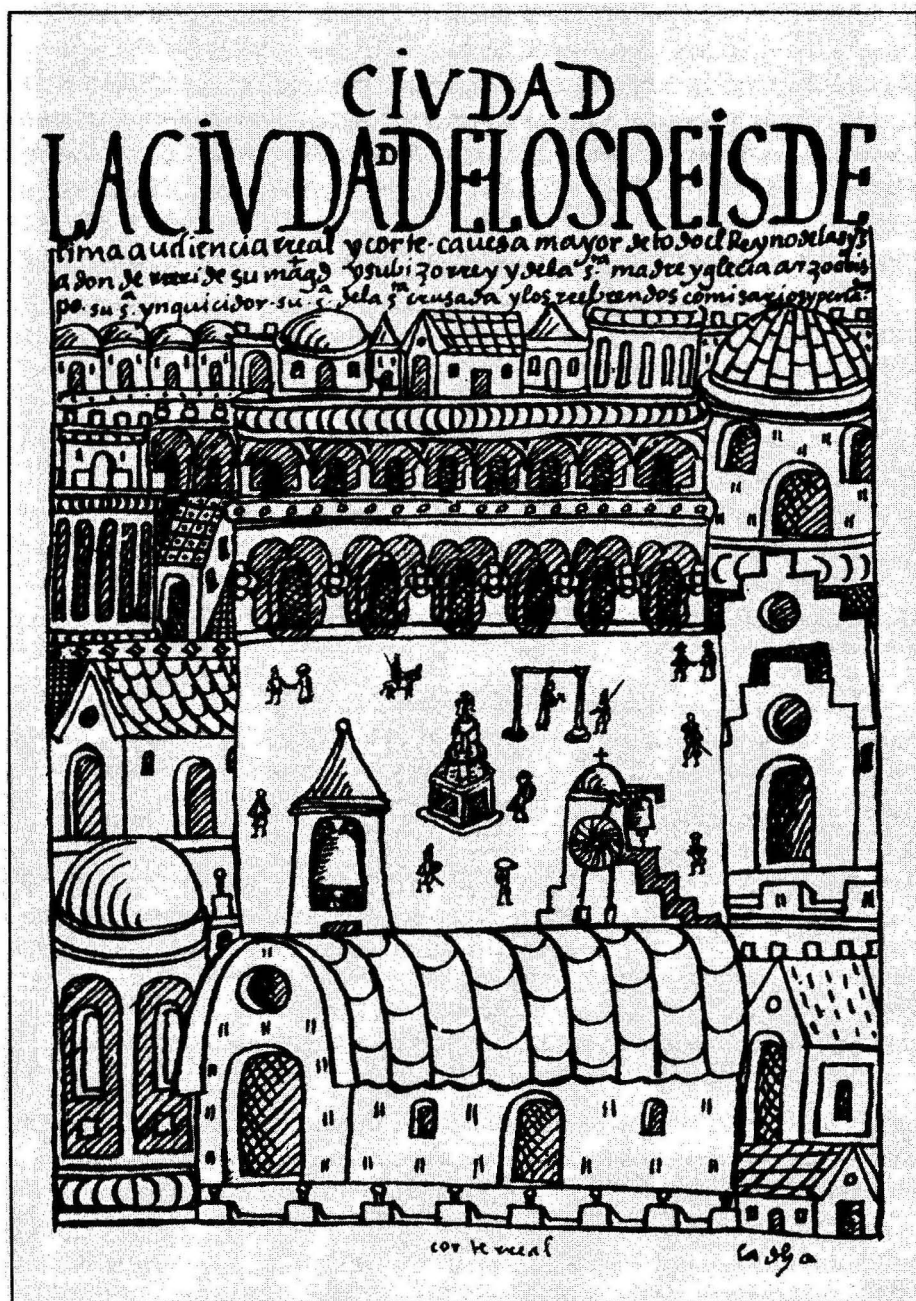
Por otra lado, con el paso de los años, una parte de la elite pasó a vivir en otras zonas de la ciudad tal vez más atractivas, y muchas de las casas principales de la traza original se fueron dividiendo en múltiples *cuartos*, que pasaron a estar ocupados por sectores humildes de la población<sup>11</sup>. A finales del siglo XVI y comienzos del XVII en los cuartos y corrales traseros de muchas de esas casas vivían y/o tenían sus talleres y tiendas, muchos de ellos en régimen de alquiler, artesanos, vendedores y vendedoras del mercado, vendedores ambulantes, trabajadores agrícolas, etc., etc., de los cuales unos eran negros y mulatos libres y horros, otros indios venidos de los lugares más dispares, otros mestizos, otros españoles.

Así mismo, a medida que la población fue aumentando, la traza de la ciudad se fue ampliando, y en esas áreas de expansión casas de familias importantes se entremezclaban con *callejones* de cuartos o «corrales», ocupados también por individuos y familias humildes de las más diversas procedencias. El tipo de habitación, compartiendo espacios muy reducidos, favorecería sin duda unas relaciones muy estrechas en lo cotidiano.

El patrón residencial limeño aparece muy bien reflejado en un Padrón del año 1613, realizado casa por casa y tienda por tienda, y que tenía como finalidad censar a la población india que habitaba dentro de la urbe. Se trata

<sup>10</sup> LOCKHART, 1982, 209-210.

<sup>11</sup> DURÁN MONTERO, 1994.



Dibujo de la Ciudad de los Reyes (Lima), en *Nueva Crónica y Buen Gobierno* de Felipe Guzmán Poma de Ayala, siglo XVI

de un documento que nos aporta una muy valiosa información sobre las capas más humildes. Pero antes de comentar algunos de sus aspectos más destacables, conviene tener presente que por esas fechas la población global de Lima, según el censo general que mandó hacer el virrey Montesclaros y terminado en 1614, ascendía a 25.185 habitantes, distribuidos de la siguiente manera:

#### POBLACIÓN DE LIMA EN 1614<sup>12</sup>

Espanoles .....	9.630
Negros .....	10.386
Mulatos .....	744
Indios .....	1.978
Mestizos .....	192
Religiosos/as .....	1.720
Recogidos en el Hospital de la Caridad .....	97
Recogidas en las Divorciadas .....	13
Criadas en los conventos .....	425

Lo primero que conviene señalar sobre estas cifras es que el bajo número de indios se justifica porque normalmente los censos no incluían a los que vivían en la parroquia del Cercado, un espacio fundado en 1570 fuera de la traza urbana y especialmente destinado a ellos. En segundo lugar, es sorprendente la cantidad tan pequeña de mestizos que figuran en el censo (apenas un 0,8%). Como por otras fuentes sabemos que el número de hijos ilegítimos mestizos continuaba siendo alto, solo cabe suponer que en este censo están «ocultos» parte de ellos bajo el rubro de *españoles*. Por último, decir que si algo destacaba en la Lima de principios del siglo XVII era el alto índice de población de ascendencia africana, sumando entre negros y mulatos más del 44%, sin contar las negras y mulatas que hubiera entre las criadas de los conventos, lo que era muy habitual. También aquí la baja cifra de mulatos habría que explicarla por su «invisibilidad», quedando «ocultos» tanto bajo el rubro de *españoles* como bajo el de *negros*. La población de ascendencia africana fue en aumento, y en 1619, según una enumeración que hizo el arzobispo de Lima, superaba ya a la de españoles y mestizos<sup>13</sup>. Estos negros y mulatos urbanos, tanto esclavos como libres, constituían una parte sustancial

<sup>12</sup> Estas cifras las recogen Fernando MONTESINOS, 1906, y fray Buenaventura de Salinas y Córdova, 1957, 245.

<sup>13</sup> Los totales sumarían 9.706 españoles y mestizos frente a 13.153 negros y mulatos. Cf. BOWSER, 1977, 410.

del servicio doméstico y también de la mano de obra en las chacras agrícolas cercanas a la ciudad y en los talleres artesanos<sup>14</sup>.

Pero volvamos la mirada al Padrón de 1613 antes citado<sup>15</sup>. Aunque se trata solo de enumerar a la población indígena, el levantamiento se hizo —como ya he mencionado— casa por casa, cuarto por cuarto y tienda por tienda, haciendo constar, entre otros datos, el nombre del dueño de la casa, del cuarto o del taller correspondiente. El documento nos ofrece información sobre un total de 1.930 indios<sup>16</sup>, hombres y mujeres, adultos y niños, que viven esparcidos por la ciudad y entremezclados con españoles, mestizos, negros y mulatos, sin que se pueda apreciar una mayor concentración en uno u otro barrio. Unos viven en cuartos de alquiler, de los que el propietario puede ser, por ejemplo, un español funcionario de la audiencia, una española viuda, una mulata libre o una negra horra<sup>17</sup>. Otros viven en las casas en las que sirven; otros en las casas y tiendas-taller de aquellos para quienes trabajan, que bien puede ser un sastre español, indio, mestizo o mulato, y otros, los menos, en modestas casas y/o tiendas de su propiedad.

El Padrón nos muestra, además, a una población indígena totalmente imbricada en las estructuras sociales y económicas hispanas, empezando por los sirvientes domésticos, muchos de ellos niños y niñas de corta edad, que residían desde pequeños en casa de sus amos y, con cierta frecuencia, sin ningún otro tipo de vínculo con una estructura familiar. La gran mayoría de los indios varones adultos ejercían de artesanos, destacando el gran número de sastres (323), seguido por el de zapateros (129), pero donde había además oficiales y aprendices de todo tipo de oficios y ocupaciones<sup>18</sup>. Los talleres y tiendas en los que éstos trabajaban podían pertenecer tanto a un indio como a un español, un mestizo o un mulato, y a menudo en un mismo taller había artesanos de los distintos grupos. Se compartían, pues, espacios de trabajo, donde se adquirían saberes y prácticas útiles para poder participar en un mercado que, sin duda, favorecía la movilidad social.

En cuanto a las mujeres indias que figuran en el Padrón, una parte de ellas declararon ser «gateras» o vendedoras en el mercado (del término

<sup>14</sup> Tanto el censo de 1614 como la enumeración eclesiástica de 1619 no mencionan a un número nada desdeñable de personas procedentes de las Indias Orientales, que llegaban como esclavos a través de Manila y México (cfr. BOWSER, 1977, 410). Por el contrario, en el padrón de 1613 aparecen consignados 38 individuos chinos/as (es posible que fueran filipinos), 20 de Japón y 56 de la India de Portugal.

<sup>15</sup> *Padrón de los indios de Lima en 1613*, 1968. En adelante se citará por *Padrón*.

<sup>16</sup> Se indica su nombre, sexo, edad, estado civil, actividad a la que se dedica, lugar de origen, tiempo de residencia en Lima y, cuando corresponde, nombre de su cacique y del encomendero.

<sup>17</sup> Llama la atención el alto número de propiedades inmobiliarias regentadas por mujeres de variada condición social y origen. Otra buena parte de estos bienes inmuebles de alquiler pertenecían a conventos, cofradías y hospitales. Cf. DURÁN MONTERO, 1994.

<sup>18</sup> Cf. *Padrón*, Introducción, XII.

quechua *catu*: mercado), actividad en la que competían sobre todo con negras y mulatas, tanto libres como esclavas, que con la venta de alimentos crudos o ya cocinados ganaban algún dinero para sí y/o para sus amos.

El mercado, situado en la Plaza Mayor y en cuyo entorno había numerosas tiendas fijas y *cajones*, era precisamente otro de los espacios importantes de sociabilidad frecuentado día a día por los sectores sociales más humildes. Sabemos que en el centro de la plaza había puestos de pescado frito al anochecer, y allí, con la excusa de comprar, acudían indios, negros y mulatos, que se juntaban con los negros que quedaban por la noche cuidando los tollos de las tiendas, provocando una gran algarabía y –según las autoridades– todo tipo de desórdenes. Fue tal vez este bullicio generado por el mercado noche y día el que impulsó a algunas de las familias de la elite a buscar otras zonas más tranquilas para vivir.

No nos sorprende encontrar así mismo en el Padrón de 1613 a un nutrido grupo de mujeres que declaran tener como ocupación la elaboración de *chicha*. Por toda la ciudad había un buen número de tabernas y *pulperías*, donde individuos de toda condición mataban la sed y los ratos de ocio. Consideradas como lugares de conflicto, escándalos y peleas, estos establecimientos fueron objeto de sucesivas ordenanzas y bandos de las autoridades municipales, intentando una y otra vez reglamentar su funcionamiento<sup>19</sup>. También los *Corrales de comedias*, de los que Lima fue pionera en toda América (el primero data de 1594), fueron lugares donde compartir y experimentar sensaciones en común. La gran afición a las representaciones teatrales por parte de los limeños propició que hubiera funcionando hasta dos corrales al mismo tiempo, siendo frecuentados por gente de todo tipo y, por momentos, estrenando una obra diferente cada semana. En la parte alta del corral de Santo Domingo, por ejemplo, había unos sobrados y galerías con gradas para sentarse hasta 250 espectadores y, según las fuentes de la época, el número de asistentes nunca bajaba de 200. Hacia 1606, el público que acudía en cada función a esta parte alta estaba constituido –según un testimonio– por «muchíssima gente menuda así de mulatas como negras yndias mestizas zambaygas, muchachos y españoles que por no poderse asentar abaxo se iban a

<sup>19</sup> En fecha tan temprana como el 26 de junio de 1549, el cabildo de la ciudad trata de los graves daños que generan las tabernas públicas de chicha entre los indios y negros que las frecuentan: «[...]de cabsa que los yndios tienen enesta çibdad tabernas publicas de chicha e se juntan e allegan a ellas mucha cantidad de yndios principales e de otra suerte y negros de cuya cabsa se siguen muchos y grandes ynconvenientes y daños a la Republica así en que por venir y estar en las dichas tabernas y borracheras dexan de sembrar y fazer otros serviçios a sus amos que son obligados y se matan despues de borrachos y los esclauos hurtan mucho a sus amos para ir a beber a las dichas tabernas[...].». Una vez tratado este asunto con el presidente Gasca, el cabildo decide prohibirlas, fuera quien fuera su dueño. *Libros de Cabildos de Lima*, 1935, libro IV (1548-1553), 132 y 135. Poco después se fijó el número de tabernas en 20 y en 1551 en 14, prohibiendo vender bebidas alcohólicas a indios y a esclavos.



los altos»<sup>20</sup>. Aparentemente, ir al teatro era algo al alcance de todos los bolsillos, siendo el precio usual de la entrada de dos reales para las mujeres que se sentaban en la parte baja y uno para los hombres, las mulatas, negras y demás «gente menuda».

La calle era el otro gran escenario de interacción en lo cotidiano, y de manera especial en los días de fiesta y demás celebraciones. Lima –no hay que olvidarlo– era desde 1542 una corte virreinal. En la Plaza Mayor, rodeada del palacio virreinal, la catedral, el palacio arzobispal y la municipalidad, se realizaban, además del mercado diario, todo tipo de festejos y conmemoraciones, convirtiéndose así en un espacio lúdico y a la vez en el lugar de escenificación del Poder. Allí era donde se levantaban los tablados y se hacían las ceremonias principales de los recibimientos de virreyes y arzobispos, se erigían los túmulos funerarios cuando moría el rey o la reina; se celebraba la llegada al trono de un nuevo monarca o el nacimiento de un príncipe; allí se corrían toros y se hacían los autos de fe de la Inquisición, etc. etc<sup>21</sup>.

En todos estos eventos y festejos, negros, mulatos e indios no eran meros espectadores. Para empezar, participaban como trabajadores en la construcción de arcos triunfales con sus figuras y representaciones alegóricas del Poder, la Justicia, la Sabiduría, etc.; hacían también arcos florales, engalanaban las calles, montaban los tablados... Pero a menudo participaban también en las propias fiestas y ceremonias; a veces eran sólo unos cuantos músicos que tocaban atabales y trompetas<sup>22</sup>, o un grupo de actores que representaban una comedia<sup>23</sup>; con ocasión de fiestas civiles solían salir con sus correspondientes gremios artesanales y en las religiosas, como en la procesión del Corpus Christi, integrados en sus respectivas cofradías, de las que el padre Bernabé Cobo (que escribe entre 1635 y 1640) menciona que sólo en Lima había 25 de españoles, 19 de negros y mulatos y 13 de indios<sup>24</sup>. Como un ejemplo de participación destacable mencionaré tan sólo los festejos realizados entre noviembre de 1630 y febrero de 1631 para celebrar el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos; en ellas, junto a las representaciones que se

<sup>20</sup> Cf. LOHMANN VILLENA, 1945, 112.

<sup>21</sup> RAMOS SOSA, 1992; PERISSAT, 2002.

<sup>22</sup> Como ejemplo de esto último baste citar el Acta del Cabildo del 27-X-1564, donde se acuerda que, para la ceremonia de la entrada del gobernador GARCÍA DE CASTRO, se dé «a los negros que tañeren los atabales a cada uno una chimarra [sic] y cuperuça [sic] de tafetan y a los indios que an de tañer las trompetas a cada uno una manta ansi mismo de tafetan a costa de los propios y Rentas desta çibdad». *Libros de Cabildos de Lima*, Libro VI, Segunda Parte (1562-febrero 1568), 274.

<sup>23</sup> Así, durante la Entrada del virrey D. Martín ENRÍQUEZ DE ALMANSA en mayo de 1581, el cabildo ofreció una comedia representada por actores indígenas, «bajo la dirección del Alcalde Juan Maldonado de Buendía, muy entendido en estos menesteres». LOHMANN, 1945, 52-53.

<sup>24</sup> COBO, 1956, vol. II, particularmente el cap. XXXVI. Véase también GARLAND PONCE, 1994, 199-228. Sobre las cofradías de negros y mulatos, véase ARES QUEIJA, 2006, 94.



organizaron por parte de la universidad y por los diversos gremios artesanales y de comerciantes, los mulatos de Lima intervinieron de manera independiente y durante tres días seguidos representaron nada menos que la *Guerra de Troya* y *el rapto de Elena*<sup>25</sup>.

### ¿CRISOL DE CULTURAS?

El cuadro que acabo de describir, aunque sea de trazos muy gruesos, nos permite pensar que, igual que se mezclaron los cuerpos de aquellos hombres y mujeres de procedencias tan dispares, como bien lo prueban los registros de bautismo, otros muchos intercambios y mezclas de creencias, hábitos y prácticas cotidianas debieron producirse en las cocinas y alcobas de las casas principales, en los estrechos callejones y cuartos donde habitaban, en los talleres y lugares de ocio..., en definitiva, en los espacios y tiempos compartidos. Sin embargo, conocemos todavía muy mal los fenómenos y procesos ocurridos de eso que comúnmente denominamos «mestizajes», y ello a pesar de que en las últimas décadas se han convertido en objeto principal de estudio para un buen número de investigadores.

En el caso particular de Lima tenemos, además, un grave problema de fuentes documentales para el siglo XVI y primer tercio del XVII, ya que apenas se conservan, sino de manera muy parcial e incompleta, archivos tan ricos para el conocimiento de la vida cotidiana, de las creencias y prácticas culturales de los sectores populares como pueden ser los de la Inquisición o los pleitos civiles y criminales, entre otros. Con demasiada frecuencia la información de que disponemos es muy parca en descripciones detalladas. Citaré tan solo un ejemplo: por las actas del cabildo sabemos que en la procesión de Corpus Christi negros e indios participaban, o eran compelidos a participar, con danzas; de manera semejante a los moriscos que, en la ciudad de Granada, intervenían en la procesión con sus leilas y zambras. No sabemos, sin embargo, cómo eran estas danzas en Lima, si provenían de sus propias tradiciones culturales o se trataba de pequeñas representaciones semi-teatrales danzadas a la manera de las que se hacían en España, donde, por ejemplo, era frecuente incluir en la procesión la representación en forma de danza de las luchas entre moros y cristianos. ¿Tendrían algo que ver las danzas que hacían los negros en la procesión con los bailes que en 1563 ordenaba el cabildo que hicieran en la Plaza Mayor y no en las calles, para no perturbar a los viandantes?

<sup>25</sup> La descripción de estas fiestas la podemos ver en SUARDO, 1936. Hay asimismo una descripción poética escrita por CARVAJAL Y ROBLES, 1950, SILVA núm. IX, 97-115. Un reciente estudio sobre la participación de los mulatos es el de ROSE, 2004, 375-405.

En este cabildo se trato sobre que los negros hazen bayles con atambores en las calles publicas desta çibdad donde resulta que no se puede pasar por ellas e las cavalgaduras se espantan e suçeden otros daños e ynconvenientes e conviene se recojan en partes publicas plaças atento lo qual se mando apregone publicamente que de oy en adelante no baylen ni toquen atambores ni otros ynstrumentos para baylar sino fuere en la plaça publica desta çibdad y en la de Nicolas de Ribera el moço so pena de dozientos açotes a los negros que tañeran e quebrados los atambores [...] y ansy lo proveyeron y mandaron<sup>26</sup>.

De todas maneras y dicho con todas las reservas necesarias, en lo que hasta hoy conocemos de las manifestaciones culturales de estos años parecen predominar patrones hispánicos, tal y como demostró hace años Juan Carlos Estenssoro respecto a las prácticas de hechicería y magia en la Lima del siglo XVII<sup>27</sup>. Tal vez esto no debe sorprendernos si tenemos presente algunas de las características de la población indígena y la de origen africano que en esa época residía en la ciudad.

Según la información que se desprende del Padrón de 1613, aproximadamente un 95% de los 1.930 indios que por entonces vivían en Lima eran inmigrantes<sup>28</sup>, que procedían de áreas tanto rurales como urbanas y que cubrían desde Chile a Quito, predominando los de origen serrano frente a los de la costa. Esto quiere decir que pertenecían a diferentes grupos étnicos e incluso hablaban lenguas distintas. Muchos de ellos, tanto hombres como mujeres, declaran haber venido a la ciudad cuando eran de corta edad, a otros los dejaron en ella sus padres cuando eran pequeños, otros dicen ser huérfanos y otros haberse criado en casas de españoles. La mayor parte de los que trabajan como sirvientes, hombres y mujeres, son muy jóvenes, incluso niños todavía, y normalmente declaran que han crecido en las casas de sus amos españoles desde pequeños. Muchos afirman que no conocen a sus respectivos caciques ni a sus encomenderos. Aunque la mayoría son hombres en edad activa (18-50 años), predominan los solteros y, entre los que están casados, algunos no tienen a sus esposas con ellos, sino en su lugar de origen. De las parejas que viven juntas en la ciudad, sorprende el alto número de los que uno y otro provienen de áreas muy distantes entre sí, a tal punto que se puede suponer que el matrimonio se llevó a cabo siendo ya residentes en Lima. También resulta sorprendente el escaso número de hijos que declaran tener y la gran cantidad de parejas que no tienen ninguno, a pesar de tener una edad apropiada para ello. En definitiva, se trata de personas que o bien viven en estructuras familiares muy débiles o simplemente carecen de ellas, y si algo

<sup>26</sup> Acta del Cabildo de 13 de agosto de 1563, *Libros de Cabildos de Lima*, VI, 2.ª Parte, 144-145.

<sup>27</sup> ESTENSSORO, 1997, 415-439.

<sup>28</sup> Cf. CHARNEY, 1988, 5-35.

parece caracterizarlos es, sobre todo, su desarraigo<sup>29</sup>. El cronista indígena Guamán Poma de Ayala, que escribe por esos mismos años, nos ofrece la siguiente imagen de estos indios urbanos:

El dicho autor, habiendo entrado a la dicha ciudad de los Reyes de Lima, vido atestado de indios ausentes y cimarrones hechos yanaconas, oficiales ciendo mitayos, indios bajos y tributarios se ponían cuello y se vestía(n) como español y se ponía(n) espada y otros se tresquilaba(n), por no pagar tributo ni servir en las minas [...]. Y acá mismo vido el dicho autor muy muchas indias putas, cargadas de mesticillos y de mulatos, todos con faldel(l)ines y butines, escofietas. Aunque son casadas andan con españoles y negros<sup>30</sup>.

Esta imagen, tan llena de prejuicios, expresa el fuerte rechazo que Guamán Poma sentía hacia la no segregación entre indios, españoles y negros, de lo que Lima –como hemos visto– era un claro ejemplo. El propio Padrón de 1613 nos proporciona bastantes casos de esos indios vestidos a la española, cortados los cabellos, etc.

En lo que a la población de origen africano concierne diré algo muy breve: como ya mencioné al comienzo, los esclavos que llegaron al Perú en este tiempo procedían de diferentes grupos étnicos del África subsahariana, con lenguas y culturas distintas entre sí. Aunque conviene tomarlo con precaución, Frederick Bowser encontró en los registros notariales al menos 26 términos diferentes<sup>31</sup> para referirse al lugar de procedencia y/o pertenencia grupal («naciones») de los negros que llegaron a Lima hasta 1650. Lo cierto es que nunca llegaron al Perú grupos muy numerosos de esclavos al mismo tiempo y que tuvieran un mismo origen y una misma cultura (como ocurrirá bastante más tarde en Cuba o en Brasil). A comienzos del siglo XVII la diversidad lingüística de los negros bozales que día a día llegaban al arzobispado de Lima era uno de los mayores problemas con los que se encontraban los religiosos que se encargaban de su evangelización, por lo que se adopta como solución la denominada *media lengua o guineo*<sup>32</sup>. Además, la esclavitud limeña se caracterizó –como bien han mostrado algunos estudios– por una mayoría de pequeños propietarios, que normalmente poseían entre dos y cinco esclavos, y por un contacto muy estrecho entre ellos y sus amos. Finalmente, a los negros bozales que día a día llegaban de África a través de Panamá o Cartagena y a los que venían de España se sumaban los nacidos en territorio

<sup>29</sup> Además de esta población indígena residente, en la ciudad permanecían también durante meses un buen número de indios *mitayos*, que iban y venían desde sus respectivas comunidades.

<sup>30</sup> GUAMÁN POMA DE AYALA, 1989, f. 1128. Puntuación y ortografía añadida por mí.

<sup>31</sup> BOWSER, 1977, 42-43 y 66-71. Entre estos términos figuran, por ejemplo, bañol, bran, berbesí, biafara, congo, jolofo, mandinga, mina, fula, folupo, soso, zape, etc.

<sup>32</sup> Véase, además de las obras ya citadas de BOWSER y TARDIEU, el estudio de Jouve MARTÍN, 2005.



Felipe Bauzá, *Mulata de Lima en 1793*. Museo de América, Madrid, Col. Bauzá, tomo II-85

peruano (negros, mulatos, zambaigos, cuarterones....), tanto esclavos como libertos y libres. Constituían, en fin, un sector de la población bastante heterogéneo desde un punto de vista social y también cultural, razón por la cual considero que supondría un grave error hablar en esta época y en este contexto –como de hecho algunos historiadores lo están haciendo– de «una» cultura africana o de una «cultura de los afroperuanos».

En definitiva, lo que he pretendido subrayar en estas últimas páginas es que a la hora de hablar del surgimiento de una cultura mestiza en la Lima colonial –si de ello hay que hablar– hemos de tener en cuenta bajo qué circunstancias se produjo la interacción entre las distintas culturas que entraron en contacto. Tal vez así podamos entender mejor por qué los mulatos de Lima gastaron parte de sus magros peculios en la representación de *La Guerra de Troya* y *el rapto de Elena*, y mediante esta participación representarse a sí mismos como leales súbditos del rey de España.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANGULO, P. Domingo (transcripción del), «Libro en que se asientan los bapismos que se hacen en esta sancta yglesia de la cibdad de Los Reyes...», *Revista del Archivo Nacional del Perú*, t. VII, entrega 2, 1929, 180-207; t. VIII, entrega 2, 1930, 83-106; t. X, entrega 2, 1937, 219-236; t. XI, entrega 2, 1938, 215-236; t. XII, entrega 1, 1939, 97-110; t. XII, entrega 2, 1939, 228-243; t. XIII, entrega 1, 1940, 83-103; t. XIII, entrega 2, 1940, 227-250; t. XIV, entrega 1, 1941, 89-105.
- ARES QUEIJA, Berta, «Mestizos, mulatos y zambaigos (Virreinato del Perú, siglo XVI)», en Berta Ares Queija y Alessandro Stella (coords.), *Negros, Mulatos, Zambaigos. Derroteros Africanos en los mundos ibéricos*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos / CSIC, 2000, 75-88.
- «‘Un borracho de chicha y vino’. La construcción social del mestizo (Perú, s. XVI)», en Gregorio Salinero (ed.), *Mezclado y Sospechoso. Movilidad e identidades, España y América (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, 2005, 121-144.
- «Les milices de Noirs et de mulâtres à Lima: les débuts (XVI-XVII siècles)», en Carmen Bernand y Alessandro Stella (coords.), *D’esclaves à soldats. Militiens et soldats d’origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, Paris, L’Harmattan, 2006, 85-102.
- BOWSER, Frederick P., *El esclavo africano en el Perú colonial (1524-1650)*, México, Siglo XXI, col. América Nuestra, 1977.
- BROMLEY, Juan, *La fundación de la ciudad de Los Reyes*, Lima, s. e., 1935.
- CARVAJAL Y ROBLES, Rodrigo, *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos [1632]*, edición de Francisco López Estrada, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1950.



- CHARNEY, Paul, «El indio urbano: un análisis económico y social de la población india de Lima en 1613», *Histórica*, 12, 1, 1988, 5-35.
- COBO, Bernabé, *Historia de la fundación de Lima*, en *Obras del P. Bernabé Cobo*, estudio preliminar y edición de Francisco Mateos, Madrid, Atlas, 1956.
- DURÁN MONTERO, María Antonia, *Lima en el siglo XVII: arquitectura, urbanismo y vida cotidiana*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, Colección Nuestra América, 1994.
- ESTENSSORO, Juan Carlos, «La construcción de un *más allá* colonial: Hechiceros en Lima (1630-1710)», en Berta Ares Queija y Serge Gruzinski (coords.), *Entre dos mundos. Fronteras culturales y agentes mediadores*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1997, 415-439.
- GARLAND PONCE, Beatriz, «Las cofradías en Lima durante la Colonia. Una primera aproximación», en Gabriela Ramos (ed.), *La venida del Reino. Religión, evangelización y cultura en América, siglos XVI-XX*, Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1994, 199-228.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe, *Nueva Corónica y buen gobierno*, reimpresión de la edición facsimilar, París, Institut d'Ethnologie, 1989.
- JOUE MARTÍN, José Ramón, *Esclavos de la ciudad letrada. Esclavitud, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)*, Lima, IEP, 2005.
- KONETZKE, Richard, «La emigración de mujeres españolas a América durante la época colonial», *Revista internacional de Sociología*, III, 1945, 123-150.
- Libros de Cabildos de Lima*, vol. IV y VI, transcripción de Bertran T. Lee, Lima, Impresores Torres-Aguirre y Sanmarti & Cia, S.A., Segunda Parte, 1935.
- LOCKHART, James, *The men of Cajamarca. A social and biographical study of the first conquerors of Peru*, Austin, University of Texas Press, 1972.
- *El mundo hispanoperuano, 1532-1560*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo, *El arte dramático en Lima durante el virreinato*, Sevilla, CSIC-Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1945.
- MONTESINOS, Fernando, *Anales del Perú*, Lima, Imprenta de Henrich y Comp., 1906.
- Padrón de los indios de Lima en 1613*, introducción de Noble David Cook, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina, 1968.
- PERISSAT, Karine, *Lima fête ses rois (XVIe-XVIIIe siècles): hispanité et américanité dans les cérémonies royales*, Paris, l'Harmattan, 2002.
- RAMOS SOSA, Rafael, *Arte festivo en Lima Virreinal (siglos XVI-XVII)*, Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Asesoría Quinto Centenario, 1992.
- RESTALL, Matthew, «Black conquistadors: armed Africans in early Spanish America», *The Americas*, 57:2, October 2000, 171-205.
- ROSE, Sonia V., «Un grupo en busca de afirmación: las fiestas de los mulatos de Lima por el nacimiento de Baltasar Carlos», en Kart Kohut y Sonia V. Rose (eds.), *La formación de la Cultura Virreinal. II. El siglo XVII*, Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2004, 375-405.

- ROSTWOROWSKI de Díez Canseco, María, *Señoríos indígenas de Lima y Canta*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978.
- SALINAS Y CÓRDOVA, fray Buenaventura, *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo*, Lima, Univ. Nacional Mayor de San Marcos, 1957.
- SUARDO, Juan Antonio, *Diario de Lima (1629-1639)*, edición de Rubén Vargas Ugarte, Lima, Universidad Católica del Perú, 1936.
- TARDIEU, Jean-Pierre, *L'église et les noirs au Pérou: XVIe et XVIIe siècles*, 2 vols., Bordeaux, Université de Bordeaux, 1987.